



La esposa de Alberto Vargas, Ana Mae Clift, otrora destacada belleza del Ziegfeld Follies



**D**ELIBERADAMENTE principiamos aludiendo al origen nativo de este distinguido artista, cuyos merecimientos, al parecer, casi por no haber sido divulgados, son poco conocidos hasta en su propio suelo, pese al regionalismo, casi ególatra,

de la peruánísima tierra de Melgar, del Deán Valdivia y tantos otros hombres ilustres. Es un caso análogo al de Baca-Flor, nacido en Ilay, que no figura en ninguna antología arequipeña, sin que exista calle o plaza que lleve su nombre, recordándolo, con lo que se honraria la ciudad del Misti.

Verdad es que Alberto Vargas, vive por suerte, aunque nimbado de una aureola de prestigio que no pareciera traslucir en el Perú. Sin embargo, tal prestigio es grande. ¿Se imagina el lector lo que es triunfar, como artista, en los Estados Unidos, donde los hay en cantidad que llenarían una de nuestras guías de teléfono...? Y se imagina, asimismo, lo que significa ser pintor cotizado de hermosas artistas, allí donde está —o casi todavía está— la Meca del Cine, y donde se realizan los más grandes Concursos de Belleza...? Pues bien, de aquellas artistas, Vargas ha pintado algunas centenas, y de tales concursos—el mundial para elegir a "Miss Universo"— viene siendo,

miembro del jurado, hace cinco años consecutivos. Más aún: acaba de ser invitado a Río de Janeiro, en unión de su esposa, para organizar el torneo que elegirá oportunamente a la próxima "Miss Brasil".

Pero estos triunfos, y varios más, con ser notables, sobre todo si los traducimos a dólares, no impresionan comparados a su lucha brava para abrirse paso, camino a la fama elusiva, manteniendo siempre su libre albedrío y su independencia. Porque Vargas, desde muchacho, y hasta ahora en que ha doblado largamente el medio siglo, sigue siendo personal y rebelde.

Me dijo una vez su padre, viejo y reputado fotógrafo, establecido antaño en Arequipa: "Alberto era un moscardón, muy inteligente, pero que no me servía para nada. Siempre fue raro y aventurero, imposible de contener y el más ocioso de mis hijos..." Era el jovencuelo que principiaba a dibujar, justamente caricaturizando a escondidas a ese padre, sin resignarse a ser un retractor en la fotografía de aquél, por muy acreditada que fuese.

De esta suerte fue enviado a Europa e internado en una escuela de Zurich. Cinco años después, obtiene la Medalla de Oro, en un concurso de dibujo de la Escuela de Bellas Artes de Ginebra. Seguidamente empieza a buscarse la vida como se dice. Entonces no escribe ni a los suyos, ni saben éstos dónde se encuentra, por lo que no pide ni recibe recursos. Parece que preparaba su bohemia en el Viejo Mundo. Aún prueba fortuna en Inglaterra, donde la cosa

# A L B E R T O EL PERUANO

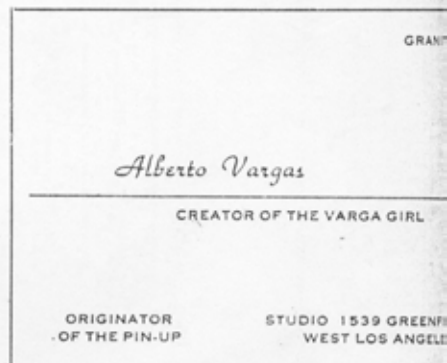
(Especial)

era más seria. "Más hice con la brocha que con el pincel", contaba irónicamente. Sin embargo, de aquella época es el notable lápiz del Napoleón que dibujó en Londres y que reproducimos en estas páginas. Tal vez su mejor primicia. Curiosamente, aparecen copiadas, al margen del retrato, las mutaciones de la firma del famoso corso, desde que fue coronado emperador hasta su ocaso en Santa Elena.

En 1919 se halla Vargas en Nueva York, donde lo conocimos en 1923, trabando estrecha amistad. Está en plena lucha en los Estados Unidos, al término de una peregrinación de la que participamos, a seguidas de mi deportación, con un grupo de peruanos, por el gobierno de Leguía. ¡Cuánto se lo agradecemos! Pese a tantas precariedades, fueron el mejor contacto con la vida aquellos inicios o prueba de aventura y venturas. Con Vargas vivimos algunos meses. Primero en un destaralado estudio, al oeste de Times Square, en dicho año de 1923, y después, casi dos años entre, 1928-30, en un elegante departamento de la calle 72. ¡Cuánto, cuánto hicimos y tentamos! Siempre serán de saudade aquellas noches inolvidables del bohemio Greenwich Village, el pintoresco y negrero barrio de Harlem, el distrito teatral de Broadway, las riberas del Hudson! ¿Por dónde andarán aquellas crónicas y retratos, que hacíamos para vivir, periodista y artista...?

Fero Alberto tuvo una ráfaga de fortuna, que no le vino mal, preámbulo de su matrimonio que fue todavía suerte mayor. El magnate Florenz Ziegfeld, dueño del Teatro Follies, lo contrató para pintar las bellezas de su "troupe", muchachas que debían tener las mejores piernas y tallo de la City.

Así fue cómo empezó a hacerse conocido el futuro autor de las "pin up girls" y de las "Varga's Girls". No sólo decoraban el teatro de Ziegfelds finas acuarelas de coristas, sino que empezaban a acudir al estudio, también a posar en



Inverso y reverso de las originales tarjetas de artista Vargas.

# TO VARGAS, CREADOR DE LAS PIN-UPS

URA PERUANA")

por **Emilio Delboy**

plan de retratos, algunas otras bellezas o personalidades femeninas del cine. Entre éstas, recordamos a Norma y Constanza Talmadge, a Bebe Daniels, Beatrice Joyce, Rita Naldi, Gloria Swanson y Maner Muriel. Tampoco podemos olvidar—menos a la persona que al retrato—a la esplendente batuciana Mae West. La policía de Nueva York llegó a prohibir que se presentara cierta comedia, en la que aparecía semidesnuda. Y justamente una noche en que se burlaba la orden, hubo Vargas de aterrizar en la comisaría, donde pasó el resto de la noche, al ser sorprendido y apresado tras las bambalinas del escenario.

Vargas recibía entonces cien dólares por cada retrato de las chicas y actrices de los Follies, de los que pintaba uno por semana. Era buen dinero a la sazón, además de sus extras, casi siempre mejor pagados. Pero esto no duró mucho, aparte de que a nuestro amigo, a quien siempre le gustaba vivir bien, dábale lo mismo cincuenta que cincuenta mil. Vino en seguida la gran crisis económica que precedió al primer gobierno de Roosevelt. La cosa se puso de color de hormiga. Dejé de verlo en la primavera de 1930, en que se dirigió a Chicago, ya casado, como anticipé—verdadero preludio de su mejor fortuna—con Ana Mae Clift, también una belleza del Follies, que la acompañaba actualmente con la mayor devoción.

De la época nuevayorquina evocada dañ nuestro conocimiento con Baca-Flor, que presenté a Vargas. Juntos conocimos, asimismo, a Rabindranath Tagore y a Will Rogers. Así como fuimos asiduos contertulios de otros notables peruanos, para no citar sino a compatriotas desaparecidos, y los dos músicos: Alomías Robles y Carlos Valderrama. A propósito de músicos, alguna vez que estuvimos—una de tantas en la primera época—nada holgados de recursos, fuimos a comer un potaje de "meet-balls" (bolas de carne) en un restaurante modestísimo. Allí descubrimos, de incógnito, a Paderevsky. A la hora del café, lo abordamos. Sonriendo,

y muy cortés, nos obsequió entradas para un concierto suyo en el Carnegie Hall. Con Baca Flor le fue mal a Vargas. En mala hora le dijo que estaba enamorado y que recibía inspiración de aquel amorio. —"Ve usted por mal camino, joven"—le dijo el famoso retratista de Morgan. Añadiendo con brusquedad: —"Las mujeres sólo sirven para madres y hermanas... Desgraciado del

artista que busca inspiración en las mujeres!" Vargas marcó fiebre, pero se quedó sonámbulo. Además habían muchas maravillas que admirar en el taller de ese artista. Y desde luego, como lo viene demostrando esta crónica, Baca-Flor se equivocó por completo.

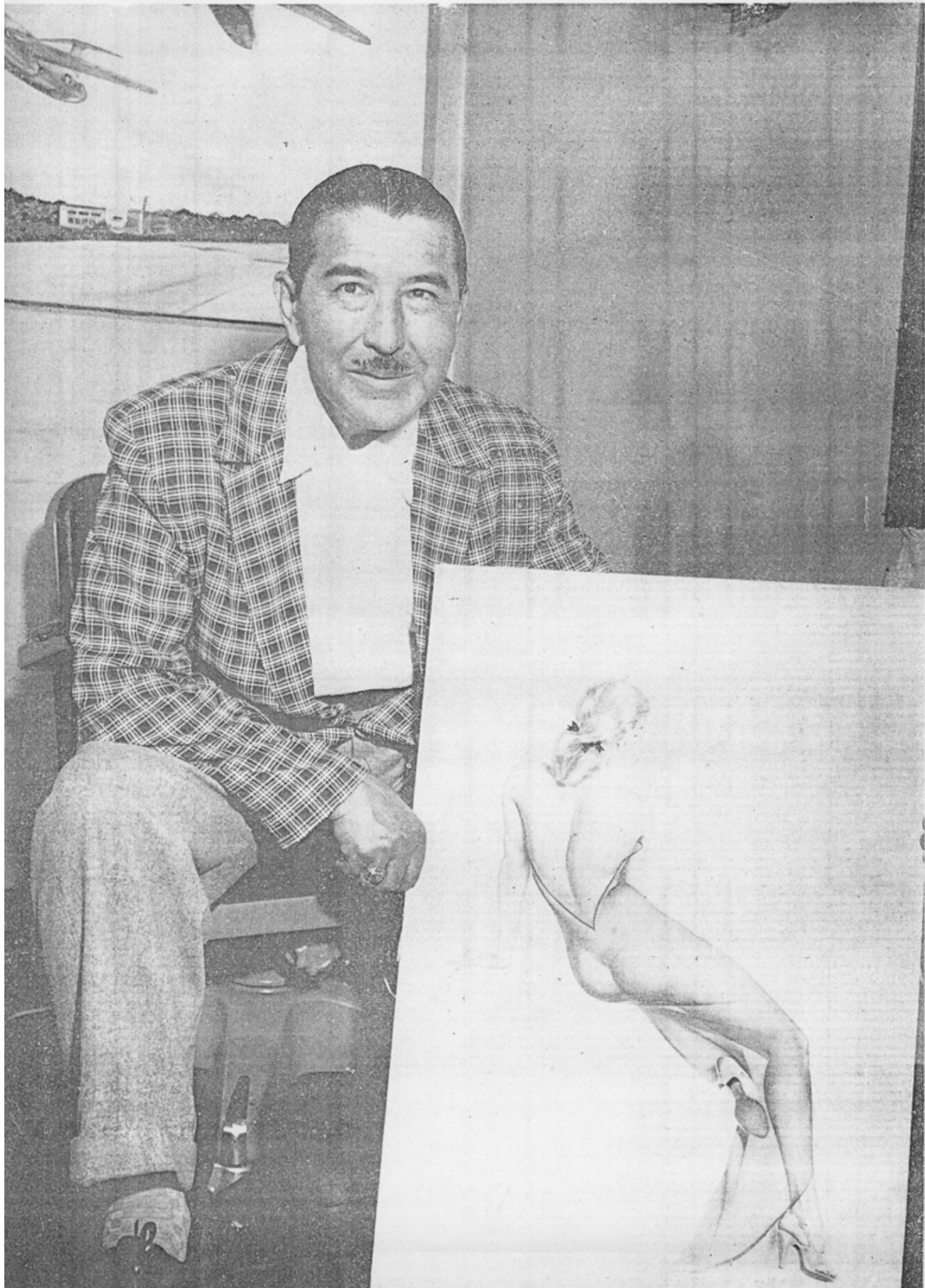
Volviendo a Chicago, allí la vida y las

*El famoso artista arequipeño Alberto Vargas sorprendido mientras dibuja frente a una modelo.*





*La actriz Florence Morney posando ante nuestro compatriota Alberto Vargas, el año 1953, para la ilustración de una revista yanqui.*



*Alberto Vargas muestra aquí el dibujo que hiciera el año pasado para la Fuerza Aérea de Estados Unidos de Norte América.*

# LA MUERTE

"Y tan alta vida espero  
"que muero porque no muero".  
(SANTA TERESA DE JESUS).

A Ernesto More

LA Muerte es bella. Es elegante. Es fuerte.  
Es milagrosa. No nos acaba. Nos empieza.  
Para ella nacemos. Crecemos. Y somos hombres.  
Para ella somos dioses también; ¡y cuántas veces!

Es la Muerte lo único que nos pertenece  
y nos posee. Ella nos da vida. Nos da esencia.  
Nos confiere dimensión real en el espacio.  
Inserta nuestro ser en la música del Tiempo.

Perenniza al hombre en la luz del mármol.  
A la mujer la talla en lágrimas de diamante  
y al niño lo transforma  
en pétalo fugando de los lirios.

La Muerte es amor. Por tan honda, cruel;  
por tan leal, atroz.

¿Qué haría el hombre frente a sí mismo  
(solo, solo, como una campana en el vacío),  
encadenado, eternamente, a la sangre fría  
después de haber crucificado el alma  
el profundo caudal de su destino?

¿Qué haría si la Muerte no fuese  
nuestra dulce libertadora? Ella nos conduce  
hacia nuevos caminos luminosos del orbe.  
Por ella despertamos  
al otro lado de nuestras imágenes,  
tanto más puros —como floridas primaveras—  
cuanto más viejos nos hicieran nuestros ensueños.

La Muerte nos estremece. Renueva. Conjura  
a romper, como la música, el cerco de luz  
que nos gasta los ojos, cayendo desde el cielo.

En cada minuto vivida ya nos posee  
un poco. Camina con nosotros. Sangra. Rie.  
Nos acompaña a llorar. Sufre lo que sufrimos.  
De tanto llevarla a cuestas ya no comprendemos  
quién es el que sufre, quién llora, ¿quién?

¡La Muerte es, a veces, nuestra oscura prisionera!

La Muerte es sabiduría. Alabados, pues, sean  
los elegantísimos movimientos  
con que dispara al viento el polvo de nuestros huesos.  
¡Tended las alas abiertas, oh polvo inmortal!  
que en el sueño llega la luz para despertar!

La Muerte ha trasplantado a nuestros días  
unos frescos laureles de noche.  
A nuestras noches también ha traído  
manojos de rosas, claror del alba.

Nunca más la detengáis, hombres de poca fe.  
Dejad que sus manos taumaturgas nos recreen  
hasta que a través de ondas de luces y de sombras,  
de martirios oscuros, como larvas,  
podamos llegar al radiante seno de Dios,  
por nuestro propio camino de llagas,  
con hondos fuerzas de criaturas, purificadas  
de pecados que jamás nacieran en nosotros  
y que sobre nuestros hombros colgaron tan solo  
para conferirnos la irremediable  
imagen del hombre: cárcel de sangre y de lágrimas.

He aquí, hermanos, que desde la convulsión del caos  
surge la Muerte, la piadosa madre,  
rompiendo el huevo de bronce en que manos divinas  
habían encerrado  
el signo cabalístico de nuestro sino.

¡Aleluya a la Muerte redentora,  
porque con ella somos los dueños, para siempre,  
del cielo y de la tierra!

La Muerte es movimiento. Es tiempo. Es guía.  
Abre las secretas claraboyas de nuestra alma.  
La Muerte vigila el cosmos. Alumbrado. Ensombrece.  
Sólo por ella Dios es capaz de conocerlos.

L U I S   D E   R O D R I G O

luchas del arequipeño tuvieron contrastes patéticos. Sus comienzos fueron inciertos en la segunda ciudad de los Estados Unidos, pero parecen al fin culminar, gozosamente, en su hermoso "atelier" de Lake Shore Drive, a donde la visitamos en 1949, viajando juntos hasta California. En ese estudio trabajó definitivamente las tan citadas "Vargas Girls", aquellas originales bellezas, ya copiadas, ya producto de su imaginación, que decoraban preciosos almanaques, y hasta se colocaban en las trincheras de Pearl Harbour, para deleite de soldados y marinos americanos. Cada almanaque se vendía de 25 a 50 centavos oro. En 1942 alcanzaron un tiraje de dos millones. Lógicamente parecía hallado el camino de Damasco y que nuestro personaje estaba en camino de millonario. ¡En dólares! Pero hemos hablado de contrastes patéticos, los que resultaron en realidad dramáticos. La "Varga Girl"—mañosamente "Varga Girl" como se verá en seguida—no le pertenecía. Se patentó bajo este nombre por la poderosa empresa de la revista "Squire", firmando el dibujante un contrato que implicaba el "copyright" en beneficio de "Squire". La letra pequeñísima de una patente rutinaria lo especificaba. Aquello de "Varga", en vez de "Vargas", fue martingala antifascista, para hacer abstracta la propiedad, a pretexto del homónimo con el nombre del entonces Presidente del Brasil, Getulio Vargas.

Medió un juicio espectacular por 200,000 dólares, que ganó en primera instancia nuestro compatriota, en mayo de 1946, pero que perdió ante una Corte Superior, en setiembre del mismo año. Hoy siguen las "Varga Girl", que firman otros dibujantes, y su original creador vuelve a su nombre para seguir las pintando, si quiere, pero sin los enormes y tapiados beneficios que esperaba, aún después de haber fenecido el contrato.

Empero, el talento nadie lo ataja. Después de tan amarga experiencia, Vargas ha vuelto a reponerse. Ha perfeccionado, más si cabe, su calidad de pintor—sobre todo dibujante eximio—de quien escribimos hace algún tiempo: "Es su arte de filigranas y matices, de calideces y desvanecimientos. Magia de detalles. Amabilidad. Ductilidad. Discreta sensualidad. Verdadera rima de color y luz. Es decir lo que se necesita para ser un pintor de mujeres, y así se explica cómo salen de sus pinceles, adúladas pero encantadas, todas las Beatrices y Helenas de Yanquilandia".

Claro es que esta manera realista de usar el dibujo y el color, exultando la belleza en finisimos acuceladas, poco o nada agrada a ciertos "pintores modernos" que tildan de "fotográficas" tales interpretaciones, ya que suelen ser "originales" al extremo de no saberse siquiera por qué lado deben colgarse sus cuadros. Pero es el caso, que contra unas cuantas docenas de críticos que aplauden esas pinturas, sin compradores, muchos otros, con el mismo derecho de crítica, nos persignamos ante tales obras. Esto sin aludir al verdadero arte abstracto que respetamos, pero que rara vez se atreve, o por mejor decir, huye del retrato.

No obstante, Vargas, de formación clásica, malgrado su traviesa y explotada frivolidad, está preparando un libro de Dibujo Anatómico, vastamente ilustrado y demostrativo de sus conocimientos, que habrá de ser muy útil a los estudiantes de la figura humana. Naturalmente, los dibujantes especializados en el tipo de interpretaciones, que distingue de modo tan personal a nuestro amigo, suelen ser interpretados con ligereza como creadores de una belleza, más bien comercial que real, o más sofisticada que límpida. Así ocurrió no sólo con Vargas, sino con el jurado de Long Beach, que clasificó a la última "Miss Universo". Confesamos participar algo del prejuicio. Sobre todo por su innegable aspecto económico o de propaganda. Fue por ello que escribimos al propio artista, investigándolo. Casi no vale la pena volver sobre un asunto concluido e inapelable. Ya se sabe, además, que cada cual o cada quien, y más explícitamente cada país concurrente con su candidata, pretende que predominen sus sentimientos o sus gustos. Pero son intere-



La foto se refiere a la inauguración de una tienda en Chicago, hace dos años, en la que se expende al público los juegos de naipes con dibujos de Vargas. Aquí figuran D. Carl A. Kroch y esposa y el dibujante peruano y esposa.

santes las explicaciones que recibí, y que reproduzco, más o menos, en los párrafos siguientes:

a) La votación del concurso es secreta, y con testigos. Durante los cuatro días que dura el certamen, no puede saberse quién triunfará hasta el minuto del escrutinio, en cuya ocasión se enteran, conjuntamente con los jueces, los periodistas, las radiodifusoras y las agencias de televisión;

b) Si existiera la menor sospecha de parcialidad o discriminación, en pró o en contra de alguna candidata, debido a su origen, vínculos de nacionalidad, o bienes de fortuna, no sería menudo el escándalo que armaría la prensa de Los Angeles, San Diego y San Francisco;

c) ¿Puede pensarse que intervengan en alguna forma de farsa, además del jurado, los organizadores del concurso, tales como el Alcalde de la ciudad, el Gobernador de California, y los delegados de los "rotarios" y los "leones"?

d) ¿Cómo es que durante cinco años de selección una "Miss Estados Unidos", para competir con "Miss Universo", no haya sido elegida ninguna californiana? ¿No han sido morenas, Christianne Martel y Miriam Stevenson, que se llevaron el título en 1954 y 1955?

Finalmente, obviando una larga disquisición, no por cierto en favor de las gringas—con cierto porcentaje ancestral indigenista—pese a los ojos azules en las de pelo negro—como es el caso de Linda Darnell, que tan bien lleva su nombre—nos escribe Vargas en una curiosa mezcla de inglés y castellano literalmente:

"Lo que se requiere para ser elegida "Miss Universo", es mérito, belleza espiritual, "sportmanship" (espíritu deportivo para saber perder en el verdadero sentido del vocablo) y naturalidad. Tales cualidades, unidas a los ingredientes de "glamour" (hechizo), encanto y "eye appeal" (más claramente atracción sexual), incorporados a la Belleza Física, hacen que la concursante se desta-

que en el grupo, sea éste de tres o de trescientas muchachas".

¿Tiene razón nuestro informante directo? Nos parece que sí, o que tiene razón, dentro del temperamento ecléctico, moral e independencia que le reconocemos. Con gran entereza—precisamente con elevado espíritu deportivo—aun cuando discrepase de ciertos procedimientos un tanto vulgares, pero no antilatinoamericanos, ha reconocido la justa elección de la última "Miss Universo" nuestra graciosa postulante Lolita Sabogal, que fue finalista entre 75 candidatas. Por último, Vargas, no puede haber obtenido mejor distinción ni respaldo de honestidad que la invitación del Brasil, a que nos hemos referido, para organizar la próxima competencia internacional de ese país en el torneo de Long Beach. Nos parece que aprovechándose de la oportunidad, y lo fácil de las actuales vías de comunicación, sería de desear que también intervenga, el próximo año, para la selección de "Miss Perú".

Pero hay algo más importante que se

pudiera resolver de inmediato, suprimiendo o reformando un monopolio anticonstitucional y absurdo. Nos referimos al Estanco de los Naipes, sin oponerse a su justificado impuesto. Es el caso—como podrá verse en las ilustraciones de "CULTURA PERUANA", que Vargas es autor y copropietario en la producción de una fina calidad de naipes. Son del tipo llamado "casino", ya vastamente conocidos en Estados Unidos y Europa. Constan—en elegante estuche de dor juegos—de 53 modelos distintos con las figuras de mujer popularizadas por el artista, en el reverso de cuyos barajas lucen dos mascarillas de influencia peruana. Dice la etiqueta de la firma editora de los naipes: "Nunca antes de ahora habían sido reproducidas en Cartas de Juego, las muchachas glorificadas aquí por Alberto Vargas, artista de fama mundial".

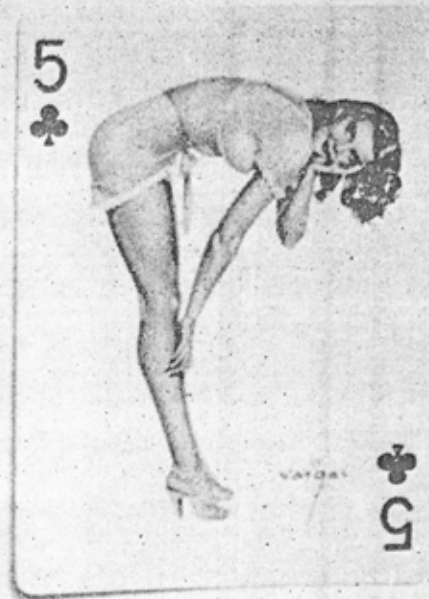
Curioso dibujo al lápiz, uno de los primeros hechos por Alberto Vargas, en Londres, en donde aparece el retrato de Napoleón Bonaparte y en el que figuran copiadas las mutaciones de la firma del famoso corso, desde que fue coronado Emperador hasta hasta su ocaso en Santa Elena.



La artista cinematográfica Linda Darnell, según dibujo de Alberto Vargas

¿Por qué no se venden estos naipes en el Perú...? ¿Y cómo no puede adquirirllos, quien quisiera usarlos, no sólo para "bridge" y "póker", sino para el juego de "canasta", tan en boga entre nuestras damas? La respuesta está dada. El Estanco, a semejanza del que existe para el tabaco y los fósforos, lo impide. Pero se fuman cigarrillos extranjeros, y entre particulares y clubs, también se estilan fósforos y cerillas extranjeros. ¿Por qué boicoteamos, pues, excepcionalmente, lo que es peruano y bueno, aunque se produzca en Beluchistán...? ¿No pudiera ordenarse una excepción, o por lo menos importar estos naipes, reacondicionándolos por el Estanco...? Añadiremos que la iniciativa no es nuestra ni nueva. Hace unos años se intentó hacerla práctica en Lima, sin resultado.

Durante el anterior gobierno del Presidente Prado, se concedió a Alberto Vargas la Orden del Sol, en unión de otros distinguidos artistas nacionales. También el gobierno americano le reconoció "Servicios Distinguidos", premiándolo con una medalla que le fue impuesta en 1946 en Los Angeles, California, lugar donde reside. Parece que más o menos pronto—¡ya es tiempo!—contará Lima con edificio para un Museo de Bellas Artes. Estamos seguros que una vez en funciones se colmará de tesoros, que no tienen donde albergar, ni acaso a quién legar, tanto teneores de joyas pictóricas. Allí se destacarán algún día las producciones de Vargas, reparándose el olvido actual del gran preciosista arequipeño, capaz de pintar un paisaje en un grano de arroz, pero que necesitó casi una vida para comerlo sin inquietud.



Ofrecemos aquí algunas de las cartas del naipes creado por Alberto Vargas y que tanta demanda ha alcanzado en Norteamérica.